



ORDEN DE PREDICADORES

PROVINCIA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

VICARIATO PROVINCIAL DE VENEZUELA

¿Dónde está Dios?

A los miembros de la familia dominicana de Venezuela, a las parroquias, instituciones educativas y lugares de misión de los hermanos y hermanas de la familia dominicana.

Queridas hermanas, queridos hermanos:

Después de haber visto con estupor los efectos devastadores de los dos terremotos ocurridos en Venezuela la tarde del 24 de junio, desde una convicción creyente podemos preguntarnos: *¿Dónde está Dios?* Es la legítima pregunta que nos hacemos todos los creyentes cuando enfrentamos situaciones existenciales que desbordan la razón y el sentido. Desde el desconcierto, la angustia y la perplejidad, pero también desde la hondura de la fe, nos preguntamos dónde está Dios. Es la pregunta del orante de la Biblia que pregunta: *¿Por qué te queda lejos, Señor, y te escondes en el momento del aprieto?* (Sal 10, 1) *¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome? ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro?* (Sal 13, 1). La Biblia está llena de ejemplos donde el creyente pregunta a Dios dónde está, como Job ante la angustia (Job 13, 24) y Gedeón ante el desconcierto (Jc 6, 13).

Jesús mismo, en el tormento de la cruz, pregunta: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27, 46). Lejos de ser un grito de desesperación, la pregunta de Jesús nace de una relación filial con el Padre, que al final lo lleva a decir: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23, 46). En su vida histórica, Jesús aprendió a orar con los salmos. Más que fórmulas recitadas exteriormente, en la vida de Jesús los salmos fueron plegarias que lo enseñaron a orar con su pueblo, que acudía a Dios en medio de todas las adversidades y contemplaba su acción en medio de una historia a veces trágica. Los salmos son expresiones de la angustia de un pueblo, pero también del reconocimiento de un Dios que actúa en la historia y la convierte en historia de salvación. En los salmos reconocemos la angustia, sí, pero también el reconocimiento, la alabanza y la adoración.

Ahora, cuando como venezolanos vivimos esta gran prueba de nuestra fe, estamos llamados a mirar hacia los grandes hombres y mujeres de la Biblia, especialmente la fe de Abraham, *que mantuvo la esperanza contra toda esperanza* (Rom 4, 18). Y es aquí donde reside la gran diferencia entre optimismo y esperanza. El optimismo suele fundamentarse en los signos positivos que vemos al nuestro alrededor. La esperanza, en cambio, se funda en la promesa de Dios y *es fiel quien hizo la promesa* (Hb 10, 23). Por eso, en medio de la catástrofe que estamos viviendo como país, podemos mantener la esperanza, avivarla y convertirla en una forma de ser y en una forma de vivir.

La tragedia que supuso haber padecido dos terremotos, separado uno de otro por 39 segundos, es ocasión para hacernos muchas reflexiones desde muchas perspectivas y puntos de vista. Pero creo que nosotros, como hombres y mujeres de fe, tenemos que interrogarnos sobre nuestra vida de fe, sobre nuestra vida de creyentes. ¿Realmente

somos creyentes? ¿Realmente somos hombres y mujeres de fe? Estas preguntas no deberían sorprendernos y tampoco podríamos apresurarnos a responderlas. Hace muchos años, siendo Maestro de la Orden el P. Damian Byrne, escribió una carta a toda la Orden sobre la vida común. En ella decía lapidariamente: *no podemos presuponer la fe en los frailes*. La fe no se puede presuponer en los frailes y tampoco en nadie que se diga creyente. La fe es una experiencia que tiene que ser examinada día a día, a la luz de la propia historia y de la historia de la que formamos parte. La pregunta por la fe nos lleva a la pregunta por la esperanza. Sin fe no es posible la esperanza, porque la esperanza se funda en la promesa de Dios. Fuera de la experiencia de la fe, la esperanza queda reducida a un optimismo naturalista que no se sostiene en sí mismo.

Podríamos preguntarnos en este momento: ¿qué espera nuestro pueblo de nosotros hoy, cuando se encuentra sumido en la angustia y la desesperación que produce la conciencia de haberlo perdido todo? Nuestro pueblo no cree ya en discursos políticos y en soluciones mesiánicas. Las redes sociales están llenas de mensajes que recogen la gran frustración de nuestro pueblo, al comprobar que no están en las prioridades de los políticos y de los entes gubernamentales. No podemos perder de vista que los justos reclamos que nuestro pueblo hace hoy nacen de la conciencia de vivir una tragedia que es mucho más grande por efecto de la negligencia gubernamental, que en 27 años nunca preparó al país para vivir una catástrofe de esta magnitud. Con justa razón nuestro pueblo, durante las primeras 48 horas después de los terremotos, preguntaba por los militares, que no aparecían por ninguna parte. Sin temor a equivocarme, podría decirles que hoy nuestro pueblo siente un profundo desprecio por todos aquellos que no actuaron cuando tenían que hacerlo.

No faltaron quienes alzaron sus voces para decir -desde la seguridad del confort- que no se debía “politizar” la tragedia. ¿Pero cómo no hacerlo, cuando reconocemos que el ser humano es esencialmente político? ¿Cómo no hacerlo al comprobar con tristeza que muchos de esos recursos, que pudieron ser destinados para preparar a nuestro país para una catástrofe natural fueron destinados a otros fines, muchos de ellos inconfesables? ¿Cómo no politizar una tragedia que lo es más porque no contamos con los recursos mínimos necesarios para atender a quienes quedaron en un estado de completa indefensión? Los dos terremotos fueron efectos de las leyes de la naturaleza. De eso no hay duda. Pero la incapacidad para atender sus devastadores efectos fue el producto de una cadena interminable de acciones muy concretas y específicas, que van desde la construcción de grandes edificaciones en suelos aluviales a carecer de cuerpos de seguridad capacitados para atender estas contingencias.

Nuestro pueblo carga con la magnitud de las consecuencias de dos terremotos, pero también con el agobio de sentirse completamente solo en medio de la magnitud de lo que está viviendo. Por eso, como cristianos, como creyentes, debemos preguntarnos qué espera nuestro pueblo de nosotros. Ciertamente muchos esperan de nuestra ayuda material y debemos sentirnos comprometidos con esta expectativa, no sólo desde la caridad, sino desde la justicia, que es la forma social de la caridad. Por eso dice Benedicto XVI: *La caridad va más allá de la justicia, porque amar es dar, ofrecer de lo ‘mío’ al otro; pero nunca carece de justicia, la cual lleva a dar al otro lo que es ‘suyo’, lo que le corresponde en virtud de su ser y de su obrar.* (*Caritas in veritate*, 6). Pero nuestro pueblo también espera de nosotros que seamos en verdad hombres y mujeres de fe, capaces de sostener su esperanza en medio de la tragedia.

Hombres y mujeres de fe, cimentados en la esperanza, nuestro pueblo espera de nosotros

que seamos hombres y mujeres de evangelio, que creen profundamente en él, que lo predicán y lo viven. Se trata, en definitiva, de proclamar con convicción profunda nuestra fe en el reino de Dios, asumiendo la misma actitud de Jesús, descrita en el *Prefacio* común VIII de la misa: *Porque él, en su vida terrena, pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal. También hoy, como buen samaritano, se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza.* Nuestro pueblo no espera de nosotros que respondamos al modo de los profesionales de las ciencias sociales. Nuestro pueblo espera de nosotros que seamos creyentes, hombres y mujeres de esperanza, capaces de sostener la fe y la esperanza de quienes se quedaron sin nada. Se tratade lo que el P. Pedro Trigo llama *hacerse cargo de la realidad*, pero desde el Señor y desde una profunda fe en el evangelio de Jesús.

En todo este contexto es fundamental, finalmente, orar por nuestro pueblo y orar con nuestro pueblo. Son muchas las personas que asumieron el compromiso desde la oración por las víctimas. La oración nos abre a las posibilidades de Dios en nosotros y en los demás. Por eso, en medio de esta tragedia, no podemos olvidar que la experiencia decisiva del cristiano está en la mística, como lo dijo el P. Karl Rahner, en su *Espiritualidad antigua y actual*: “*El cristiano del mañana será un místico, uno que haya experimentado algo, o ya no será nada.*” Y aquí insisto: la oración nos abre a las posibilidades de Dios en nosotros y en los demás. Cuando experimentamos nuestra propia vulnerabilidad e incapacidad, la oración nos permite dar lugar a Dios y a sus posibilidades.

Como dominicas, dominicos y creyentes vinculados a la Orden de Predicadores, no podemos olvidar que el rosario es la oración del pueblo. En estos momentos debemos insistir en la necesidad de hacer del rosario una plegaria con la que podemos acompañar a las víctimas, pero también un medio por el que podemos iluminar desde la fe la experiencia que estamos viviendo y que tardaremos años en asumir con paz. Las heridas de una catástrofe natural quedan en la conciencia de las personas. Tenemos un gran desafío por delante, un desafío que asumiremos desde la experiencia de la fe y desde la convicción del evangelio.

Fraternalmente en Santo Domingo,



Fr. Angel Villasmil, O. P.
Vicario Provincial

En el Convento de Santo Domingo, en San Cristóbal, a 29 de junio AD 2026.
Solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo.